Contra la delincuencia: la no violencia.
La no violencia, el camino para luchar contra «8 machetes».

Desde la antigüedad, y hoy también, una de las mayores preocupaciones de los pueblos ha sido cómo controlar los episodios de violencia que ponían en peligro la convivencia y la paz de los hogares, las familias, las calles, etc.

La manera más común de evitar la escalada de la violencia de todos contra todos era canalizar esta violencia colectiva a través de la elección arbitraria de una persona o un grupo al que se declaraba culpable de todos los males y horrores que azotaban al pueblo. De esta manera, el mecanismo de la violencia pasaba 'del todos contra todos' al 'todos contra uno'. Los que estaban enfrentados entre sí se unían para, ahora, luchar contra el grupo o la persona considerada como culpable. Este es el fenómeno que el pensar común suele recoger con la expresión «el enemigo de mi enemigo es mi amigo».

Ahora bien, al grupo o persona elegida arbitrariamente como culpable se le tiene que quitar del medio a toda costa porque se considera que es la carne podrida. Esto es, se le tiene que sacrificar, de manera que su expulsión de la comunidad reestablecería la paz y el orden social. Él se carga con todos nuestros males y, de su sangre derramada, vendrá el orden social. Eso es lo que se conoce como el mecanismo del "chivo expiatorio" y que trabajó mucho el pensador francés René Girard.

De lo señalado hasta ahora, es interesante destacar que el origen de todas las religiones precristianas está relacionado con esta mentalidad sacrificial. Se han preocupado desde siempre por la elección de una víctima sacrificial que, una vez expulsada del espacio público, repararía nuestros pecados y, por tanto, quedaría sacralizada. La víctima, dependiendo de la comunidad, puede ser una cosa, un animal y/o una persona. Esta es la principal función social de estas religiones precristianas; y es la realidad que, en los pueblos subsaharianos, está detrás de los casos como: defenderse ante el mal de ojo del vecino o familiar, aislar al brujo del pueblo, el ritual *eboka* o *buti*, y otros varios episodios de caza de brujas.

Dicho lo cual, esta sed de sangre que tenemos los humanos está bien recogida en todos los mitos que explican el origen y la fundación de los pueblos. Son los llamados mitos cosmogónicos. En ellos, la víctima, por el hecho de ser víctima, era culpable de lo que se le acusaba y, por tanto, reo de muerte. Girard señalaba: «Allí donde dos, tres, mil acusaciones simétricas e invertidas se cruzaban, predomina una sola de ellas, y en torno a ella todo el resto se calla (…). Una versión especial de los acontecimientos acaba por imponerse».

El gran problema de este mecanismo de control de la violencia es que la ansiada paz y el deseado orden social duraban poco. Pasado un tiempo, después de la expulsión o el sacrificio de la víctima, volvía la violencia y el desorden al pueblo: mujeres que no se quedaban embarazadas, la escasez de lluvias, las malas cosechas, guerras, etc. Ello exigía que se sacrificase una nueva víctima y, así, el ciclo de la violencia era imparable. El motivo de la elección de la víctima era y es la convicción de la masa, la «firme creencia de todos, que no exige ninguna otra comprobación que la unanimidad de su propia sinrazón». Los rencores de todos, la sed de venganza, el odio, etc., se dirigen hacia un solo rostro; este rostro se convierte en el centro de atención de todos mientras el resto de la masa esconde su culpabilidad. ¡Cómo podemos creer que descargar

nuestra sed de sangre, odio, venganza y rencor en una sola persona o un grupo nos traerá la paz, la fecundidad, el orden, la justicia!

Por muy extraño que nos parezca, los humanos llevamos siglos y siglos practicando y creyéndonos esta mentira romántica. Y la evidencia de esta historia, que es nuestra hasta hoy, es que la violencia no puede erradicar la violencia, sino generarla más todavía; que satán no puede expulsar a satán, sino multiplicarlo. El modelo de restauración de la paz y el orden social de los pueblos se ha basado históricamente en el uso de la violencia y los resultados no han engañado: la violencia genera más violencia. Si observamos la llegada de la bomba atómica (una herramienta poderosísima de destrucción masiva), por ejemplo, se creía que se generaría un efecto de disuasión que evitaría las guerras en el mundo. Hoy vemos que es todo lo contrario, hay más guerras que nunca: Ucrania, Siria, Malí, Etiopía, Yemen, Palestina, Irak y otras tantas que no salen en los medios de comunicación.

Sin embargo, hay un acontecimiento que marca un antes y un después en la manera histórica que los hombres han tratado de lidiar con la violencia. Tiene nombre y apellido, es un judío del siglo I llamado Jesús de Nazaret. Un hombre que se inmoló cargando con todas nuestras culpas, odio, rencores, sed de venganza; una víctima sacrificial que resultó ser inocente de todas las acusaciones que la masa hizo sobre Él. A partir de este judío, cambia la historia de las víctimas porque por primera vez se dio el caso de que la víctima, por el hecho de ser víctima, no era culpable. En este sentido, Jesús de Nazaret es el último chivo expiatorio y el hombre que nos ha legado el patrimonio de la no violencia para expulsar la violencia. Esto es, que al mal con el bien se vence.

Si esto es así, es decir, si satán no puede expulsar a Satán sino multiplicarlo; si la violencia siempre genera más violencia, entonces considerar como únicos culpables del desorden social y la inseguridad en los hogares, calles e instituciones de nuestra Guinea Ecuatorial a las bandas de delincuencia juvenil –«8 machetes» – es una manera de esconder nuestra parte de culpabilidad y nuestra propia sed de venganza. Echarles a los lobos no traerá la paz ni el orden social a nuestro pueblo; al menos no lo hará de modo duradero. Volverán episodios violentos; y los culpables, los chivos expiatorios van a ser otros; estos otros pueden ser perfectamente cualesquiera de nosotros que hoy señalamos y enjuiciamos a los «8 machetes». Que no se nos olvide el dicho: «¡Todos somos víctimas! Hasta los verdugos de hoy serán víctimas mañana».

Está escrito «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra» (Juan 8:7). Pues, el que esté libre de culpa, odio, rencor, mancha, que tire la primera piedra para acusar o encarcelar o matar a los jóvenes de las bandas de delincuencia juvenil.

No es razonable perseguir a las bandas «8 machetes» por la sola convicción y la creencia firme de la masa. Hay que encontrar argumentos verdaderos y buenos que permitan una reflexión más profunda de los últimos acontecimientos de violencia que ponen en riesgo la seguridad y la paz de nuestra Guinea Ecuatorial, porque hay varias realidades que merecen nuestra atención: la situación de las familias de estos jóvenes, la calidad de los colegios por los que han pasado, el entorno social de sus ciudades y barrios, el acceso al trabajo, el trato que reciben ante los agentes del orden público, sus parroquias, etc. Estos elementos forman un universo interesante de sensibilidades de cara a desplegar acciones y estrategias de erradicación de la delincuencia juvenil.

Tenemos, cada uno desde su estado de vida, una responsabilidad y, si se permite, una culpabilidad, ante la situación del desorden social. Sin pretender justificar los actos de vandalismo, sería interesante preguntarnos a nosotros mismos cuál es nuestro grado de implicación y contribución para la creación de espacios de diálogo y de respeto de la convivencia, el orden y la paz social. Es cierto que los «8 machetes» son moralmente culpables por poner en peligro la vida y las propiedades de los ciudadanos, no hay duda; pero también es, igualmente, cierto que ellos no son socialmente los únicos culpables, como nos creemos el resto de la masa. La culpabilidad social, en este sentido, es compartida por todos nosotros, los ciudadanos: dirigentes y no dirigentes, militares y civiles, emprendedores y empleados, etc. Si hacemos esta reflexión, si verdaderamente nos miramos en el espejo, seguramente evitaríamos lanzar las piedras solo y exclusivamente contra los «8 machetes», y estaríamos trabajando, más duro todavía, al servicio de la paz, la concordia, la solidaridad; esto es, a favor del bien común.

Los «8 machetes» son una invitación a mirarnos como pueblo, como sociedad, como país, y darnos cuenta de los rostros humanos que hemos descartado y aislado consciente o inconscientemente. Es el llanto de aquellos hijos de nuestro pueblo que anhelan sentirse amados, acogidos, queridos, estimados y reconocidos por ti y por mí. Por eso, y no sabemos si ha sido a propósito, la elección del número 8 nos da alguna idea que nos permite inferir la reivindicación de fondo que hacen las bandas de delincuencia juvenil. El 8 es el número cristiano porque completa la creación de Dios. Según el libro del génesis, la antigua creación de Dios fue de 7 días (por eso el 7 es el número judío), de modo que el 8 (7+1) es la unión de la antigua creación y la nueva creación que es Cristo. Es decir, los «8 machetes» reclaman, de algún modo, un mundo nuevo, una vida nueva, un pueblo nuevo; sin embargo lo hacen a través de medios poco o cero ortodoxos. Sin embargo, tenemos que estar muy atentos a este llanto, y no pretender que se puede erradicar con facilidad. Restaurar la paz nos costará esfuerzo, trabajo y mucho dinero.

Si somos humanos, tenemos ante nosotros una oportunidad magnífica para hacer justicia (entendida como la búsqueda del bien del otro) a nuestra humanidad. Dicho lo cual, con respecto a los «8 machetes» podemos adoptar estas dos posturas: Seguir creyendo que estas personas no se merecen estar entre nosotros, y borrarlas del espacio público como sea –mandándolas al hospital, a la cárcel y/o al cementerio–; o tomar en serio la realidad social y humana de fondo a la que nos invita toda esta situación de inseguridad, que es mirarnos en el espejo y reconocer nuestra responsabilidad e implicación para la construcción de una Guinea verdadera, buena y pacífica. Si negamos este realidad, estaremos asumiendo una falsa buena conciencia cuando en el fondo sabemos que somos ciertamente culpables; porque con la violencia no vamos a devolver la paz a nuestras calles y hogares.

Seguramente, estarán muchos diciendo «el mundo es así», para justificar cualquier acción violenta contra los «8 machetes». Sin embargo, es una forma de no reconocer nuestra responsabilidad para con nuestro mundo, nuestro pueblo, nuestros hijos, etc. No, señor, el mundo «no es así»; el mundo «lo hemos hecho así», el mundo «lo he hecho así». Por eso, no hay mejor fórmula para trabajar a favor de la paz y el orden social que la «no violencia». Esto es así, porque la violencia no puede eliminar la violencia sino generarla más; satán no puede expulsar a satán sino multiplicarlo. Esto es así, porque al mal con el bien se vence.